

— Sabedores de que ciudades como Apamea y Bizancio han venido á este sitio en demanda de alivio y aun exención del tributo debido á Roma, demanda que lograron por haber elegido un abogado tan elocuente como Nerón, estos nuevos troyanos, nacidos en el sitio donde Troya, la madre de vuestra ciudad, naciera, traen el mismo empeño y os dirigen la misma demanda, nombrando por su valedor y vocero al joven augusto, cuyas palabras penetran en los corazones como flechas de Apolo, nombrando á Nerón.

— Que hable Nerón — dijo secamente Claudio.

— Que hable — repitió Agripina, pero añadiendo — como el más elocuente de los mortales y que mayor influjo puede tener bajo el sol en los ánimos cesáreos.

— Con vuestra venia triple — dijo Nerón bajando ante los emperadores su cabeza.

— La tienes — dijo Claudio secamente.

— La tienes, nuestro hijo predilecto — añadió Agripina.

— Cómo hacen su negocio hijo y madre — observó en voz baja Narciso.

— Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, rechazando las olas del Egeo, extiéndese la feliz región que se llama el Asia Menor — dijo Nerón en comienzo y exordio de su discurso.

— ¡Muy bien! — exclamó Agripina, mirando de reojo á Claudio.

— ¡Bien! — añadió Claudio, no pudiendo resistir ni de costado las fulminantes miradas que Agripina le dirigía.

— ¿Creerá éste que no sabemos dónde se halla el Asia Menor? — preguntó con sorna Británico á sus dos interlocutores.

— El Haliso — continuó diciendo Nerón — divide allí dos familias de pueblos. Y entre aquellas dos familias de pueblos se levanta una intermedia, la familia frigia.

— ¡Noticias frescas! — exclamó Tito, subrayando los dichos de su camarada Británico.

— El pueblo frigio ha sido como un profeta de la civilización helena. Sus artes significaron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, había sido invención de este pueblo. En sus campañas encontró Apolo un rival más músico aún, según los frigios, que quien ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los astros. Allí nació el

culto á Cibeles, madre-tierra, que después había de espiritualizar Grecia. Sus sacerdotes tenían algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose fiestas, en que el sensualismo vagaba en incesante delirio. Allí estaban los escombros de la vieja Ilión, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardía libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la más apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que fué como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes, que tomaba las armas por defender sus museos cuando no las había tomado por defender sus leyes; allí Homero había sentido el calor de la inspiración divina y había derramado sus primeros cánticos y había pulsado aquella lira que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos siglos; allí, en fin, había nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia, había sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden en el cielo, tomando todos sus matices; bosques compuestos por los más hermosos árboles del Asia, por cedros perfumados y por palmeras, cubren sus campos; ríos caudalosos y claros, despeñándose por sus riscos, reflejan el aire claro y henchido de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores; y toda aquella hermosísima tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad; pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su pecho, la organización democrática de siempre; sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, impone ahora contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi están exhaustos. Roma dividió en tres provincias

aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. Por la parte donde Troya fué, aboga hoy quien habla, esperando de vuestro amor ¡oh dueño del mundo! un rayo de compasión.

—¿Habréis oído cosa más desatinada?—preguntaba tras estas temerarias frases á sus dos interlocutores Narciso.

—Por defender á Frigia—observaba Británico,—el cuitado acusa tristemente á nuestra Italia.

—Y luego—decía Tito—el ornamentado estilo, tan diverso del que usan los griegos y usan los romanos, huele que trasciende á decadencia.

—Pero escuchemos.

—Acordaos de lo que sucediera en el incendio de Troya, divinos emperadores, descendientes de aquellas víctimas y herederos de su sangre—decía Nerón recitando felizmente lo que le habían escrito.

—Ahora oirás una elocuencia helénica digna de compararse con la poesía virgiliana—murmuró Agripina en el oído de su esposo.

—Oigamos—dijo bruscamente Claudio.

—Agotados por la guerra, exhaustos de fuerzas y de sangre, míseros y enfermos, advertidos ya por la fatalidad y tras dos lustros de vanos esfuerzos, los griegos, los sitiadores de Troya, fingen ceder en su empresa y retirarse de aquel cerco, dejando tan sólo una ofrenda colosal á Palas, atenta de suyo á los guerreros y solícita en acudir á los combates.

—¡Cuán hermoso estilo!—decía, regodeándose con las frases de su hijo, Agripina.

—Ese pan de seguro no se coció en su horno—para sus adentros afirmaba Claudio.

—¿A qué vendrá todo esto?—preguntaba Británico á Tito.

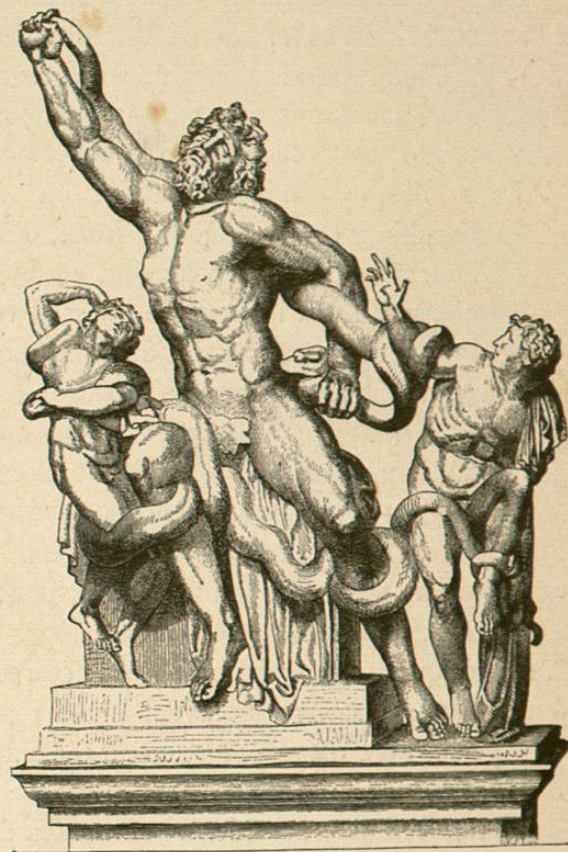
—En la oratoria corriente no se mira de modo alguno á lo verdadero y útil y oportuno, se mira tan sólo á lo atractivo y resonante.

—Pero, Británico, él con la evocación anacrónica del incendio de Troya se propone seguir su camino; proponte tú seguir el tuyo con la no menos anacrónica evocación del origen de Roma.

—Oigamos—dijo Británico, pues el orador se iba engolfando ya en su asunto.

—Consistía la ofrenda en gigante caballo, todo hecho de pino y tan alto como una montaña, que dejan so pretexto de mover y obligar á la diosa del combate y del esfuerzo para que prospere la vuelta, ya indispensable, á los hogares patrios. Pero ¡ah! que tal ofrenda de la religión y del culto era en suma una máquina de combate y de guerra.

Innumerables griegos se ocultaban en su vientre, armados de todas armas y dispuestos á salir de allí en cuanto sin riesgo pudiesen para incendiar ó destruir la confiada Troya. Frente á ésta se alza una islla, famosa en otros días por su fecundidad y por su nombre, Tenedos, rada por completo solitaria y puesta únicamente á servicio de los marinos desorientados y errantes. Pues allí se ocultan los griegos, limpiando con tal stratagema todas aquellas cercanías, no sólo de su



Grupo de Laocöonte (Vaticano)

presencia, de sus naves y de sus tiendas y de sus campamentos, que habían vomitado mil veces la muerte. Troya se regocija y engalana; el antes ensangrentado mar sonríe y por doquier rebrota la esperanza. Viendo aquel colosal simulacro proponen muchos troyanos conducirlo dentro de Troya en honor y obsequio á Minerva. Algunos, sin embargo, pocos en calidad y número, muy temerosos de la enemistad del griego, desconfiaban de sus regalos y ofrendas. Laocöonte con especialidad aconsejaba la desconfianza y despedía dardos que

iban á clavarse rápidos en las entrañas del monstruo. Pero cierto día que Laocoonte sacrificaba un toro en las aras de Neptuno, dos grandes serpientes, de Tenedos venidas, lánzanse desde las ondas, en que han levantado espesas nubes de blancas espumas, y relampagueantes los ojos, abiertas las fauces, agitadas las lenguas como un dardo, exhalando entre silbidos siniestros alientos de muerte, rojas como la sangre, ligerísimas como la llama, lánzanse á una sobre los miembros de Laocoonte y de sus hijos, á sus miembros se asen y enroscan furiosísimas, oprimiéndolos con sus frías escamas y levantando sus cuellos sobre la cabeza de los míseros mortales, hasta que, después de haber mugido, cual toros alanceados, en frenesíes de rabia y en espasmos de furor, devoran la carne de aquellos tres cuerpos ahogados y arrojan sus esqueletos raídos, como en cumplimiento de una implacable celestial venganza.

— No se puede hablar mejor — decía rebotando de regocijo Agripina, mientras Nerón respiraba.

— ¡Buen declamador, buen declamador el muchacho! — murmuraba Claudio por decir algo, temiendo el enojo de su mujer.

— Amigos — preguntaba Narciso, — ¿á qué vendrá todo esto? ¿Podréis decírmelo? Porque yo no entiendo una palabra.

— No entiendes una palabra — le respondió Tito — sin duda olvidando en la ciencia de las cosas palaciegas que todo este salón es un teatro; que los embajadores y los césares y el valedor son unos cómicos; que pleito tal equivale á una representación dramática, y ese perdurable discurso resulta en término postrero un monólogo de consumado actor.

— Augures innumerables — continuaba diciendo Nerón — presagiaron á Troya su desastroso fin. Casandra, la más hermosa entre todas las hijas de Príamo, recibió largo tiempo los homenajes de Apolo, quien deseaba con ella casarse. Mientras fueron rendidos y amorosos novios, obtuvo Casandra en regalo de su amador el don de profecía; pero como al llegar la hora de casarse, Casandra rehusase dar la blanca mano al dios éste, que no había podido arrancarle y revocar la prerrogativa ya dada, frustróla de manera muy singular, sugiriendo á todos la idea de no creer jamás los pronósticos y augurios lanzados por la infeliz profetisa. Así la joven se deshacía en lamentos y nadie la escuchaba. Desde torre altísima,

tendidos los brazos al sitio donde se hallaba el colosal caballo, fuera de las órbitas los ojos, crispadas las manos, trémulo todo el cuerpo, como veía los griegos dentro de la máquina, comunicábalo así á los troyanos en voces repetidas y agudas; pero nadie la escuchaba. Unido á esto el fatal acaecimiento de la muerte dada por los monstruos á Laocoonte, hostil al caballo, que herido por sus flechas ni siquiera se movía, Troya no podía menos que sufrir un tremendo engaño y ver por todas estas muestras en el colosal simulacro una religiosa ofrenda. A mayor abundamiento llegó el pérfido y embustero Sidón, dándose por griego, pues no podía ocultarlo, pero también por disidente de los griegos, y herido á sus manos, como patentiza en su cuerpo magullado y maltrecho. Este redomado traidor mintió cuanto pudo para persuadir á los troyanos al ingreso de la máquina fatal dentro de la fuerte Ilión. Suponiéndose víctima consagrada por los suyos á los dioses para granjearse al zarpar feliz navegación, encareció tanto sus angustias en la preparación del sacrificio y sus esfuerzos al romper las ligaduras, que le tomaron por griego renegado y por seguro asiático, desasiéndolo de toda relación filial con Grecia y reconociéndolo cual hijo verdadero de Troya. Y no había para menos, pues á la continua declamaba Sidón sobre cuánto habían perdido los griegos abandonando el Paladium de Minerva y cuánto iban los troyanos á ganar recluyéndolo dentro de sus muros. El desprecio á los augurios de Casandra y el asentimiento á los embustes de Sidón, las interpretaciones dadas al triste caso de Laocoonte con otras mil supersticiones análogas, determinaron enérgica resolución de todo el pueblo, quien, anheloso por satisfacer á los dioses y alejar á los enemigos, abrió ancha brecha en sus muros, bridó con fuerte cable al caballo y lo condujo entre coros de mancebos y danzas de vírgenes al seguro de su invencible fortaleza. ¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por blanca luna los griegos, arribaron á las riberas de Troya desde las riberas de Tenedos. Sidón abrió la puerta simulada que tenía el caballo en su vientre, dejando en libertad á los allí metidos, quienes bien pronto degollaron la guarnición y tuvieron la fortaleza. Corrían las primeras horas del sueño en Ilión. Al natural sopor prestado por este diario descanso uníanse aquella noche los pesados sopores consiguientes á los excesos en las bebidas escanciadas durante la procesión para

honrar á Minerva y en demanda de su divino amparo. Arde, pues, Troya. El saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan. Caen las paredes y ruedan las moles entre grandes erupciones de brasa y nieblas rojizas de humo tempestuoso y de llamas voraces, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado sobre aquel suelo maldito; tórnanse irrespirables los aires á la densidad espesísima de tantos vapores como los abrasan; el cielo se oculta y se apagan las estrellas como tras velos fúnebres; por aquí se oye un lloro de niño, por allá un grito de mujer; el resuello de la virgen violada sobre los tálamos honradísimos de sus padres únese al extertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; de un lado singulares batallas en que mueren todos los combatientes, de otro lado terribles defensas que matan para devolver odio con odio y aumentar el universal horror; aquí asaltos movidos por la cólera, y suicidios allí en los arrebatos de la desesperación, pues diríase que la tempestad con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus trombas oceánicas, la peste con sus alientos asoladores, el terremoto con sus bostezos asesinos habíanse congregado allí para hundir á Troya, la cual en breves horas tornóse colosal hoguera, próxima y muy próxima de suyo á reducirse tan sólo á un frío montón de cenizas, en el cual ni siquiera se hallaron sus viejas y sacrosantas ruinas. No estaba en aquel supremo combate Aquiles, ya muerto, pero sí estaba su Pirro. Un descendiente como querían los oráculos del viejo Eaco, asistía en aquel momento á la última noche de Troya. Pirro fué por Aquiles engendrado y de sus mismos furores nacido. Así dirigió sus pasos al palacio de Príamo para concluir la obra iniciada por su padre. Precipitóse al escaló componiendo la terrible tortuga helénica, y á su voz corren las escalas por todas las paredes y por ellas gatean todos los sitiadores, guarecidos bajo su escudo á fin de preservarse la frente y sin mirar siquiera dónde ponen los pies. Objetos ricos del palacio, muebles, armaduras, estatuas ruedan sobre los asaltantes y aplastan á muchos. Un torreón, que se levantaba erguido sobre aquel vasto monumento, como un observatorio reservado á sus vigilantes guardias, cae con estrépito sobre los combatientes. Pirro, de pie y airado en el vestíbulo; resplandeciente con su armadura de acero que al fulgor del incendio reflejado en sus brillantes aristas splende y

relumbra; el hacha en sus manos; las puertas del palacio recién derruidas á sus pies, parece como el genio de la desolación entre los horrores de la guerra. Pero todo es pálido junto á la tragedia de aquel interior siniestro, en el cual llegan los dolores humanos á su colmo. Mientras unos defienden palmo á palmo las escaleras y las entradas, cayendo al golpe superior de los enemigos, otros corren desalados en busca de una piedra colosal, de un abismo profundo, de una llama devoradora que los acabe y los entierre por no presenciar tantas catástrofes. Las mujeres fugitivas andan sollozando en todas direcciones y los vencedores las cogen del cabello, las tiran sin piedad al suelo y las cargan de cadenas tras ofenderlas y desacatarlas. Las madres llevan los pequeñuelos abrazados al pecho y piden la muerte para ellas con tal que á ellos les dejen la vida. Pirro excita con excitaciones múltiples al asalto, y lo arrastra todo en su furor, más que la inundación; y lo abrasa todo en su cólera, más que el incendio. Los defensores con sus deudos muertos al pie quedan reducidos en su impotente debilidad á mirar en su fría estupidez los escombros y los cadáveres cual mira un campesino su vieja cabaña sumergida en las aguas de un río que ha salido de madre. Príamo, revestido con las insignias del combate y del mando, dirígese al doméstico altar levantado en amplio patio, bajo la bóveda del cielo y cubierto únicamente por los ramajes de un laurel sagrado. Junto á sublimes lares véase á Hécuba la reina de Troya, la mujer de Príamo, con sus hijas, semejantes á palomas precipitadas por la tempestad sobre los campos é impedidas de remontar su vuelo, que abrazan á sus diosas, mas ya tan inertes y tan frías como las estatuas á cuyos cuerpos están abrazadas. En esto, y poco después de haber llegado Príamo, llega el postrero de sus hijos, el más joven, Polites, jadeante, pues Pirro lo persigue sin tregua y lo mata en aquel sitio, manchando con su encendida sangre la cara de los dioses, de los reyes, de los padres del infeliz inmolido. Príamo, en tal catástrofe, aún tiene fuerzas para maldecir al ciego matador, quien lo coge, lo derriba, lo arrastra sobre la sangre de los suyos, entre los clamores de las enloquecidas princesas, y cuando ya lo tiene próximo al ara, le hunde su espada en el corazón mismo, al filo de la cual acaba, no solamente aquella dinastía, Troya entera, y no solamente Troya entera, el predominio de Asia